

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—Los Teatros (conclusión), por D. Manuel Cañete, de la Real Academia Española.—Amor y amores, segunda parte, por Fernánflor (D. Isidoro Fernández Flórez).—El Metal del porvenir (conclusión), por D. José Rodríguez Mourelo.—Madrid Viejo, por D. Carlos Frontaura.—Costumbres del siglo XVII (continuación), por don Julio Monreal.—Sueños.—Anuncios.

GRABADOS.—Bella Artes: *Un Campés de espera*, acuarela de Joaquín Araujo.—Sevilla: Sexteto de señoritas organizado por el maestro D. Agustín M. Lerate. (De fotografía remitida por D. Ramiro Franco.)—Galizia (Austria-Hungría): Ingenieros militares ejecutando obras de defensa en la frontera de Rusia.—Madrid: Inauguración de la restaurada iglesia de San Antonio de los Portugueses y del nuevo edificio construido por la Hermandad del Refugio, el 6 del corriente (Dibujo del natural, por Picolo).—Bellas Artes: *Vida moderna*, cuadro de S. Sánchez Barbudo.—Santa Cruz de Tenerife (Canarias): Grúa *Tián* empleada en las obras del puerto. (Fotografía de don J. Martí).—Roma: Aspecto de la estación de Termini (salida), en los días del regreso de peregrinos. (Dibujo del natural, por H. Estevan).—París: La sopa de los pobres en los «Grandes Mercados». (Del natural, por Luis Jiménez).—Torrelaguna (Madrid): Monumento al cardenal Jiménez de Cisneros, en la plaza. (De fotografía del Sr. Monge.)

CRÓNICA GENERAL.

AUNQUE el hipnotismo se estudiaba en Madrid hace ya tiempo por algunos, no muchos, médicos y profanos, y la obra de Bernheim traducida al español había difundido el conocimiento de esos fenómenos, no habían cundido al público de Madrid hasta hace poco esos estudios de carácter privado entre reducido número de curiosos. La venida del doctor francés M. Das despertó la curiosidad en los salones, en donde hizo experimentos. Demostráronle otros profesores madrileños que no era aquí una novedad lo que importaba; varias señoritas hicieron ver que sabían producir los mismos fenómenos hipnotizando a personas aptas para ello; y en poco tiempo, aun las gentes que no se ocupan de estas cosas, se han enterado de la facilidad con que se verifica el fenómeno y la manera de producirlo. A esta expansión y libertad ha sustituido un movimiento de reflexión y un grito de alarma para que se prohíba a los profanos hacer experimentos (1).

Dicémos que en Italia se han prohibido a los legos: no hemos podido comprobar ni la verdad ni la forma del hecho; lo mismo pretendieron conseguir en Francia, aunque inútilmente, algunos médicos; pero algún profano protestó en un periódico de París, que sentimos no haber leído, y la cuestión quedó libre como antes. En esta diversidad de opiniones acerca de un asunto nuevo que hasta ahora no está adjudicado en propiedad a ciencia alguna, todos tenemos la palabra, y todos, en lo que se empieza a estudiar y a conocer, somos casi legos, aun habiendo leído cuanto se ha escrito acerca de ello. Y tal confusión reina, que algunos espiritistas protestaron contra un artículo en que se exponían dudas acerca de ciertos fenómenos hipnóticos, creyendo que se atacaba a los espíritus.

El magnetismo animal es el padre del hipnotismo: los fenómenos principales son los mismos: el magnetizador como el hipnotizador duermen al paciente, le mandan y se hacen obedecer de éste, que es una especie de esclavo mientras dura la acción de la corriente ó el influjo de la sugestión: si el primero dejaba volar más la fantasía provocando adivinaciones y maravillas, el segundo, más terrestre y sobrio, se limita a producir un sueño artificial, durante el cual el hipnotizado obedece a la voz del operador, ríe ó llora si se le ordena, ó sufre las alucinaciones y engaños que éste le sugiere, y aun despierto ejecuta las ordenes que le dieron estando dormido para cuando despertase. Entre los casos que en la obra de Bernheim se citan, llaman la atención aquellos en que se hacía ver al hipnotizado, horas después de estar despierto, procesiones, personas ausentes, ó dejar de ver a las que tenía delante; es decir, que sufría una alucinación forzada por el mandato, ó soñaba tal vez aquello que se le había sugerido. Algunos de los fenómenos que se citan dejan atrás a las maravillas del antiguo magnetismo.

¿Son ciertos los hechos, ante todo? Creemos que unos lo son y otros no. Por su índole, tienen para la experimentación un gran inconveniente: que descansan en la buena fe del que opera y el hipnotizado. Si éste no la tiene, puede hacer creer al profesor fenómenos extraños. Si no fuesen ciertos, no pasarían de ser un juego inofensivo; pero siéndolo, ¿a quién interesan principalmente? Al Estado en general y al individuo.

Recordando que la Facultad de Medicina no dió importancia al magnetismo, porque no creía en él, ¿no es extraño que hoy traten de acapararle y declarar al médico único y exclusivo magnetizador, cuando todavía es una secta no admitida por la Facultad oficialmente? Cerca de medio siglo hace que Braid fundó el hipnotismo, y todavía le resiste la mayoría de los médicos. ¿Cómo, conocidos estos fenómenos, reivindicados ahora su propiedad, cuando el vulgo, atropellándose delante de los experimentadores, empieza a creer en ellos? A mi juicio, hay en la actualidad más convencidos entre los profanos que entre los mismos profesores. ¿Por qué no han hecho uso hasta ahora de ese sistema terapéutico tan natural y tan sencillo? Porque lo ignoraban ó porque no creían en él; esto es indudable. Si lo primero, son nuevos y profanos en el arte que no les enseñaron al estudiar su facultad; si lo segundo, ¿para qué quieren un privilegio de que se reírán interiormente? No creíamos nosotros en el magnetismo ni en su hijo, porque teríamos muy presentes estas palabras de la *Fisiología* de Beclard:

«Respecto al somnambulismo provocado ó magnetismo animal, que es un estado en el cual el individuo en quien se verificase podría oler con la boca del estómago, leer con la nariz, con los dedos ó con la nuca, pronosticar el porve-

nir, recordar lo pasado, saber las ciencias sin haberlas aprendido, y hacer, finalmente, ejercicios más ó menos divertidos, lo que hay de más sorprendente es la credulidad humana.»

No tengo tiempo para comprobar si aun es libro de texto el de Beclard, pero lo era hace muy poco; y allí se añade esta nota, que da á entender que la credulidad que no tiene el fisiólogo la tienen á veces los sistemas médicos:

«Los somnambulistas, dice, que hablan tan fácilmente por el estómago, el bazo y el higado, no tienen al parecer tanta predilección por las ciencias exactas como por las médicas.»

Bien sabemos que el hipnotismo da el nombre de alucinaciones á lo que parece sobrenatural; pero ¿cómo se explica que la voluntad ajena obre de tal manera en nuestro organismo que le obligue á actos que no podría producir la voluntad propia, como sangrar por la nariz y hacer salir ampollas y manchas en la piel? ¿Están estos hechos bien comprobados, ó son errores de uno repetidos por todos los autores?

Estamos, pues, enfrente de una gran preocupación ó un descubrimiento pavoroso, que afecta á todos; ó de fenómenos que sólo ofrecen verdades relativas é inferiores. Si es una preocupación, debe refutarse; si hay en efecto fenómenos de poco alcance, deben estudiarse y descartar lo verdadero de lo falso; pues que hay sugestión de unos en otros, estando despiertos, nunca lo dudamos, creyendo que es ley necesaria de la vida intelectual, como lo es la compensación de simpatías para que vivamos unidos, y las repulsiones invencibles para que haya movimiento, formando todo un tejido invisible de sentimientos y de ideas que nos une y nos separa, y nos hace vivir alternativamente en lucha y en reposo, aunque formando un conjunto que vive libre é individualmente dentro de una atmósfera moral.

Pero si el hipnotismo es un fenómeno que pone unos hombres á merced de los otros, eso ya se sale de la acción de la Medicina y de los médicos. Corresponderá á éstos aprovechar esos sueños nerviosos para curar ciertas dolencias; practicar la hipnoterapia á ellos solos pertenece; pero esto es sólo una aplicación del hipnotismo, que importa al Estado, á la Teología, á la Filosofía, á la Jurisprudencia y á otros muchos ramos del saber, tan importantes como la Medicina para la sociedad. Es decir, que si el hipnotismo tuviera todo el alcance y trascendencia que suponen sus propagadores, el Estado necesitaría pensarlo mucho antes de conceder privilegios de clase en funciones tan delicadas y complejas. Si el cuerpo médico inspira á todos confianza en lo que afecta á la salud, no es de su competencia lo que se refiere á la responsabilidad moral y á la libertad del individuo. El Estado necesitaría oír á todos antes de resolver esta cuestión.

Hasta ahora no parece que los experimentos sean peligrosos á la salud; y la prueba de ello es que los médicos presentan en públicas reuniones sus enfermos para satisfacer la curiosidad con pruebas que no tienen objeto terapéutico; pruebas que no efectuarían si no las considerasen completamente inofensivas. Y no creemos que tenga virtud especial sobre la profana la sugestión facultativa. Según el doctor Calatraveño dice en su folleto, el principal inconveniente del hipnotismo es más moral que de otra índole: esto indica bien á las claras lo mismo que sostenemos en principio, que no corresponde al médico exclusivamente esa función: el mismo doctor añade en otro párrafo: «Ya los teólogos empiezan á protestar, con esa timidez propia del que ve perdida su causa.» Y nosotros decimos: ¿Se puede confiar este asunto á quienes discurren en las cuestiones de conciencia con esta ligereza?

Conste que no es nuestro ánimo dudar ni de la ciencia, ni de la buena intención de los profesores que se ocupan de hipnotismo, ni de los amigos á quienes hemos aludido y que procuran, según su leal saber y entender y con reconocido talento, estudiar estos nuevos problemas que se ofrecen á la investigación. Respetamos al médico en el ejercicio de su arte, pero queremos que cada cual se mueva dentro de su órbita. Desde luego se ignora la opinión de la Academia y de la Facultad de Medicina respecto del hipnotismo en sus aplicaciones médicas, que es á lo que debe limitarse su dictamen: porque podría suceder que la ciencia oficial no lo reconociese todavía. Y desde luego nos parece que las prohibiciones de hipnotismo son difíciles, y deben estar muy justificadas, por que serían ridículas si no tuviese el asunto el alcance que se juzga.

Hasta ahora de los hechos que leemos parece resultar que los nervios ópticos son el conducto más rápido y seguro para ejercer la somnolencia nerviosa, ya privándoles de la luz, ya con la fijación en objetos brillantes ó la fascinación de la mirada. ¿Se han hecho experimentos en los ciegos para ver si obedecen con más dificultad? De todos modos convendría, en lugar de repetir los fenómenos que citan los autores extranjeros, hacer pruebas distintas para devolverles, con investigaciones nuevas, noticias que no sepan.

Tal es nuestra opinión emitida con franqueza, no para cuestionar, sino para informar sencillamente.

A dos interpretaciones se prestaba por su ambigüedad el célebre discurso del canciller Bismarck: la belicosa y la pacífica, y á ésta se han acogido todos los gobiernos europeos, activando al mismo tiempo sus medios de defensa. Y á la verdad, no hay datos positivos para calcular por lo presente los acontecimientos próximos. Por un lado, Alemania está dispuesta á no considerar motivo de guerra la intervención armada de Rusia en los asuntos de Bulgaria, de lo cual podría presumirse que se encaminan á ese fin los aprestos militares de Rusia; por otra parte, la declaración hecha en la corte de Viena por el Embajador ruso, de que su Gobierno está dispuesto á no tomar la iniciativa en los asuntos de Bulgaria, quita probabilidad á esa sospecha. En cuanto al brindis político pronunciado por el nieto del emperador Guillermo, desmintiendo el rumor que le atribuye la fama de ser partidario de la guerra, no es muy ex-

plícito, por las salvedades que contiene, siendo en resumen un extracto del discurso de Bismarck. Por cierto que, á nuestro juicio, no ha elegido el joven Príncipe una ocasión muy oportuna para sus declaraciones: cuando la vida de su padre se halla tan amenazada por la grave enfermedad que está sufriendo, y que ha obligado á sus médicos á hacerle la traqueotomía, no es ocasión de hacer programas que sólo tienen valor y actualidad siendo el heredero directo del Imperio: ¿no es esto deshuciar á su padre, ó algo parecido?

Por lo demás, á pesar de la interpretación pacífica que hacen de la política internacional los elementos oficiales, los pueblos ven claro que esa paz, fundada en armamentos tan ruinosos, es una paz falsa; que los Gobiernos recelan unos de otros, y que el estado actual es un estado de guerra sin combates, y un desastre, sin gloria, para todos.

¿Qué idea tendrán de la justicia los revoltosos de París que decidieron hacer una manifestación pidiendo la condenación de M. Wilson al tribunal que ha de juzgarle? Nuestros vecinos tienen merecida fama de gente original y caprichosa. ¿Qué necesidad hay para eso de defensores, fiscales, ni aun de jueces? Es verdad que no sólo en París se pide esa clase de justicia: *La República*, colega madrileña, asegura que en una de las reuniones celebradas en esta corte el día 11, en recuerdo de la proclamación de la República, pidió un orador la ejecución de todos los jefes del partido republicano, como medida salvadora.

También ha sido original la derrota y el triunfo casi simultáneos del Gobierno en la Cámara francesa. Negaronle 254 votos 20 millones de francos para la ocupación del Tonkin, quedando el Gobierno en minoría por 234. El Presidente del Consejo declaró entonces que reformaba el proyecto rebajando de ese presupuesto 200.000 francos, y haciendo su aprobación cuestión de gabinete; el presupuesto de 19.800.000 francos fué aprobado por 264 votos contra 254. Una simple mayoría de diez votos evitó la crisis y acaso el abandono del Tonkin. La inseguridad en que se halla un Gobierno amenazado por tantos adversarios es lamentable para Francia, en la situación crítica y oscura de la política europea.

Terminadas en el Congreso español las discusiones del Mensaje, brillantes por su elocuencia, estériles por sus resultados prácticos, y en las cuales han sobresalido los señores Castelar y Cánovas, vuelven unos la atención hacia los sucesos ocurridos en Ríotinto, y otros procuran desviarla hacia hechos de carácter reservado, que no nos corresponde analizar mientras se funden en rumores sin comprobación y de origen apasionado.

Los informes del desastre de Ríotinto dan á aquella gran desgracia un carácter especialísimo: el número de muertos y heridos es mayor del que en un principio se creía; y hay indicios para sospechar que fué un hecho inexplicable y fatal. Veremos lo que resulta de las sumarias que se instruyen y las discusiones que se anuncian.

Dos hombres notables han fallecido en estos días: el obispo de Tarazona, D. Cosme Marrodán, y el senador señor Gallostra. El primero, célebre por sus enérgicas pastorales, é intransigente en sus ideas, era en su trato íntimo de carácter apacible y angelical, y repartía con los pobres todos sus recursos. El segundo había sido ministro de Hacienda cuando fué presidente del Consejo el Sr. Posada Herrera: ayer, martes, falleció repentinamente en su domicilio, en el acto de leer *La Correspondencia*, acometido de una apoplejía fulminante. Fué en vida un hombre respetable, y bien considerado por su palabra y sus escritos.

El arte de domar fieras para exhibirlas ante el público ha registrado en estos últimos días dos hechos pavorosos. Una domadora que introducía su cabeza entre las fauces de un león, quedó presa entre los dientes de la fiera, impresionada al recibir el foco luminoso de una lámpara eléctrica. Una manada de lobos hambrientos y selváticos se escapó en un circo de la jaula que los encerraba, penetrando en la cuadra, donde dormían pacíficamente, con los caballos, otros animales domesticados, produciéndose un espantoso estruendo de relinchos, aullidos, coces, rugidos y gritos feroces y salvajes. Los lobos triunfaron, cenándose un caballo y quedando dueños de la cuadra.

Un periódico observa que á medida que decae el Carnaval, adelanta la industria de la fabricación de las caretas. Un amigo nuestro llevó á su casa una careta de perro, tan bien hecha, que no pudimos menos de exclamar al verla:

—¿Parece que ladra!
—Mañana la estreno.
—¿Tú de máscara? Se explica. Aprovechas el Carnaval para mejorar de cara.

Don Roque lleva á sus hijos al baile de niños de la Zarzuela: van entrando uno á uno, y el dependiente los va contando, y dice:

—Ocho, nueve, diez, once. ¿Quién entrega los billetes?
Don Roque se ha distraído, y el de la puerta exclama por segunda vez:
—¿Quién da los billetes? ¿Dónde está el profesor de este colegio?

Una máscara abatida y andrajosa dice en el Prado á un senador:
—No me conoces.
—¿No te he de conocer en ese traje? Eres la industria nacional.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

(1) Entre otros, mi buen amigo el Dr. Pulido, en *El Liberal*; el Dr. Calatraveño, en su reciente opúsculo *El Hipnotismo al alcance de todas las inteligencias*.